



**Homilía pronunciada por el Emmo. Sr. Cardenal Jaime Ortega Alamino,  
Arzobispo de La Habana, en la XXVIII Jornada Mundial de la Juventud.**

**Río de Janeiro, Brasil,  
24 de julio de 2013.**

**(Homilía de la Misa de la primera catequesis).**

Queridos hermanos y hermanas:

Nosotros no sabemos quiénes somos hasta que no nos encontramos con Dios, cuando nosotros miramos al ser humano, nos miramos a nosotros mismos pensamos, ¿por qué estamos en medio de este mundo y podemos contemplar toda la Creación y conocerla cada vez más y transformar el mundo con tantos descubrimientos?

Somos seres que buscamos la felicidad, la belleza, que tenemos ansias de bondad y deseamos saber la verdad, queremos amar y ser amados. Mirando otros seres vivientes nos preguntamos: ¿quiénes somos? Ninguno de ellos tiene conciencia de que van a morir, ninguno busca la felicidad. Por eso mucha gente se pregunta si hay vida como la nuestra en otro planeta. Nosotros, cristianos, en el salmo 8 rezamos a Dios tratando de saber qué somos y admirados de nuestra condición en medio de la Creación decimos: “Señor, dueño nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra... ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano para darle poder? Lo hiciste poco inferior a los ángeles, lo coronaste de gloria y dignidad, le diste el mando sobre las obras de tus manos, todo lo sometiste bajo sus pies”.

Yo descubro a mi alrededor las obras de un creador: el cielo, la tierra, las estrellas, el mar, las montañas ¿quién está por encima de todo eso? ¿Es todo obra de la casualidad? y viendo la vida del hombre que cultiva la tierra, que cría animales, que produce medicamentos que sanan y por medio de la ciencia y la técnica hace mejor este mundo, comprendo que el hombre es una obra grande en medio de ese mundo. Sí, las cosas y las personas han salido de las manos de un Dios Todopoderoso.

Toda religión contiene la afirmación de que cuanto existe en los cielos y en la tierra ha sido creado por un Ser Superior (Dios) y que nosotros debemos reverenciar a la divinidad, obedecer sus designios y rendirle culto.

Pero hay en la fe cristiana algo único y extraordinario que nos distingue e identifica. Nosotros creemos que ese Dios creador, el Dios único que se reveló y habló al pueblo escogido en la Antigua Alianza se hizo hombre en un hombre de ese pueblo. Lo que define nuestra fe cristiana y la hace diferente es que creemos en el Dios hecho hombre, en Jesús de Nazaret.

Este es el misterio fundamental del cristianismo, es el elemento originador, especificador y diferenciador del cristianismo respecto al judaísmo y a toda otra religión. Es esto lo que llamamos el misterio de la encarnación, Dios se hizo carne, una realidad que, al conocerla,

nos deja extasiados, nos descubre algo sublime y extraordinario, capaz de generar en nosotros reflexiones como ésta: ¡Qué sorprendente es que el Dios inmenso, Creador de todas las cosas, venga a nosotros, se haga uno de nosotros, de carne y hueso!

Ahora bien, Dios existe desde siempre. ¿Acaso ese Dios dejó de ser Dios para llegar a ser hombre? No, porque Dios tiene la posibilidad de llegar a ser hombre sin dejar de ser Dios.

Primeramente, Dios está por encima de todas las cosas y es inmutable, es decir, que no puede cambiar, pero Dios es también AMOR y ésta es la otra afirmación que distingue a la fe cristiana, la definición de Dios que da el apóstol y evangelista San Juan: Dios es amor. A un Ser Superior se le puede reverenciar, se le puede temer, a un Dios que es amor le tributamos amor. Y Dios nos ama y espera ser amado por nosotros y eso lo llevó a venir a ser uno con nosotros.

Cuando Dios creó al hombre, vio que era bueno, Dios puso su imagen en el hombre y la mujer, dice la Biblia: “a imagen de Dios los creó”. Hay un destello divino en nuestra alma y en nuestro cuerpo; hay algo de Dios en nosotros.

Como seres creados por El, como El nos engrandeció con tantos dones y nos hizo buenos, como llevamos su imagen en nuestro ser, y como ese Dios grande y todopoderoso es amor, no puede sino amar la obra de sus manos. Por amor al hombre, a quien ama, Dios se compromete seriamente con nosotros. Dios no es un Dios desentendido de ese hombre y esa mujer que Él creó por amor. Aunque seamos pecadores y no pensemos en El, El hace lo que haría cualquiera que ama a otro, lo que hacen un padre o una madre por sus hijos, hace suyo el destino del hombre en su vida y en su muerte, y justamente, porque ese hombre creado y amado por El se ha alejado de El y está en peligro, quiere salvarlo, quiere rescatarlo.

Y, ¿cómo? El tiene todo poder, y después de hablarnos en el pasado por sabios y profetas llegó, en su amor por nosotros, hasta lo incomprendible, hasta hacerse hombre.

Así se comprende la exclamación atónita del evangelista San Juan: “¡Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo!”. Ese Hijo que estaba desde siempre con El en el seno de la Trinidad Santísima ha venido a nosotros.

Por amor, el Padre decide enviar al Hijo. Desde la Santísima Trinidad el Hijo eterno de Dios, que existe desde siempre como el Padre, es enviado a nosotros; el Padre decide que empiece a existir como hombre en esta tierra. ¿Cómo se hizo esto posible? La persona del Hijo entró en una persona humana. ¿Es esto posible? Para las cosas no, para las personas sí. Las cosas materiales son impenetrables unas a otras. Pero las personas no. El amor hace posible que las personas sean habitadas, convividas y sostenidas por otras personas. Un hijo está presente en la persona de su madre, habita en ella, dos esposos que se aman habitan uno en el otro. Lo que se dice de la persona en el orden humano, se debe decir de manera mucho más verdadera de Dios con el hombre. Dios no se degrada ni pierde su divinidad al “mudar” para venir a nosotros o al “padecer con nosotros”. Esto es lo verdaderamente divino, no quedarse limitado por su grandeza, sino ser capaz de encerrarse en lo mínimo”. Dios es grandioso en lo inmensamente grande, el cosmos, el universo, y en lo inmensamente pequeño, el mundo nanométrico. Por eso Jesús da gracias al Padre, por revelar estas cosas a los pequeños. Cuando somos humildes, cuando no creemos que sabemos mucho, Dios nos revela lo grande.

El hombre, aún caído, aún envuelto en miseria, puede ser recuperado conforme al querer inicial de Dios al crearlo, pues lo hizo bueno. Y esto lo hizo Dios en Jesús de Nazaret, se

encarnó en un hombre perfecto, un hombre que el Padre había pensado desde siempre como el modelo y prototipo de humano original en cuerpo y alma. Podemos decir que la voluntad omnipotente de Dios y su amor sin límites han determinado a Dios a crear al hombre y a hacerse responsable de su criatura. Dios no abandona la obra más acabada de su mano. Tanto la Creación, como la encarnación son obra del amor infinito de Dios por nosotros.

1°.- Por el misterio de la Encarnación nuestra fe cristiana descubre a Dios cercano, a Dios con nosotros (el Emmanuel) en Jesucristo. Se cumple la promesa que hizo Dios a su pueblo: “No les dije: búsqüenme en el vacío...”. Nosotros no miramos desconcertados al cielo para descubrir a Dios o contemplar alguna señal de su presencia para adivinar el futuro o conocer mi destino en los astros, nosotros miramos al rostro de Cristo Jesús y en Él encontramos al Dios misericordioso que comparte con nosotros nuestros caminos de anhelos, luchas y dolores, que nos ama con un corazón humano y que nos dice “no teman, yo estaré con ustedes siempre”.

No tendremos ya otro modo de pensar en Dios que no sea volvernos a Jesús, recordar sus palabras, contemplar las escenas de su vida. Esto alimentará nuestra oración. Por eso los misterios del rosario van repasando los misterios de la vida de Jesús mientras recitamos las Avemarías. Es necesario que los santos evangelios sean no sólo leídos, sino meditados por cada uno de nosotros, pues allí Dios nos habla por medio de su Hijo. Nuestra religión es la religión de Jesucristo, la que lo recuerda siempre, la que lo conoce y reza al Padre pidiéndole todo por Nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

2°.- Pero, no sólo Dios, sin dejar de serlo, comienza a ser de un modo nuevo en Jesús, su Hijo encarnado, ya que Dios comienza a ser hombre, sino que también el ser humano comienza a calibrar la extraordinaria dignidad y grandeza de ser hombre, porque Dios se ha acercado a él en un ser humano que es Dios, Jesús, el Señor.

Ante Jesús puedo quedar arrobado diciendo: Dios descendió hasta hacerse hombre; pero puedo constatar admirado: hay un hombre que es Dios; lo humano ha sido divinizado. En el hombre Jesucristo Dios se expresa por la palabra, por los gestos, por la dulzura y la mansedumbre de Jesús, por su misericordia hacia los pequeños y los humildes, por su amor hasta el dolor y la Cruz.

En Jesús el hombre ha sido divinizado con todo su andar gozoso o sufriente. Pero Jesús se nos presenta como el camino verdadero de la vida, viene a congregarnos a su alrededor como discípulos para que seamos como Él: “aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón”, “si quieres ser mi discípulo... toma tu cruz y sígueme”. El hombre-Dios, Jesús, nos invita a ser como Él, a vivir como Él la mansedumbre y el amor, a recorrer con Él el camino del dolor y de la Cruz. Nuestra vida, con todas sus acciones, cobra un sentido nuevo y extraordinario en Jesús: una vez que hubo un hombre divinizado, Jesucristo, todos nosotros descubrimos que la naturaleza humana no sólo se desarrolla, anhela y sufre en este mundo, sino que somos capaces de alcanzar toda nuestra estatura humana en el hombre Jesús, que es como nosotros y nos pide que seamos como Él.

Los Padres de la Iglesia afirmaban: “Dios se ha hecho hombre para que los hombres se hagan Dios”. Nosotros tenemos el compromiso que genera en la historia humana la Encarnación: dejar también que Dios tome, por su gracia, posesión de nosotros para ser humanos transformados según el modelo de Cristo.

Por esto no son pocos los filósofos y pensadores que rechazan la Encarnación y dicen “dejemos a Dios en el cielo”. Pero esto no es porque quieran una gloria de Dios inalcanzable; sino porque temen al compromiso de la presencia en la historia de un Dios hombre: la naturaleza humana puede contener a Dios, así fue en el caso único de Cristo Jesús, pero todo hombre puede crecerse hasta divinizarse exaltando su propia humanidad, acogiendo el modelo que hay en Cristo. ¡Hasta qué nivel ha sido elevado lo humano! “Reconoce cristiano tu dignidad” (San León Magno).

Por lo tanto, no puedo ser mediocre, disfrutar despreocupadamente, entregarme a los vicios y placeres, hacer mi capricho y que me dejen tranquilo. Para esto es mejor que Dios se quede en su cielo, que no venga a decirnos en la tierra lo que tenemos que hacer y a dejarnos un modo único de ser que nos descubre nuestra grandeza humana y su dignidad, porque nos va a forzar a llegar a esa medida tan alta y nos va “a aguar la fiesta”, ya no podremos vivir a nuestro antojo.

Jesucristo no es sólo el descenso de Dios a lo humilde, a lo pequeño, sino la exaltación del hombre hasta la altura de Dios.

Los invito, queridos jóvenes, en este Año de la Fe a ese esfuerzo de Santificación personal al cual el Hijo de Dios Encarnado nos llama a todos. La respuesta nuestra al amor que Dios nos ha mostrado en su Hijo debe ser una respuesta de amor que nos lleve a crecernos hasta la estatura de Cristo y esa respuesta puede apoyarse en la Santa Eucaristía que celebramos y que recibimos. Sabiendo que ha habido en Él tanto amor hacia nosotros, ¿quién no lo amaría en retorno? “Quis non redamaret” (San Agustín). Todo acto de fe conlleva un acto de amor.

De la seguridad que nace en nosotros al saber que Dios nos ama y nos mira siempre con misericordia y amor por medio de Jesús, brota nuestra esperanza y la alegría y la paz llenan nuestros corazones. Por esto damos gracias a Dios en esta Eucaristía.

*-Servicio de noticias-*

*Arzobispado de San Cristóbal de La Habana. 2010-2013©*

**Puede reproducir parcial o totalmente esta información, siempre que cite la fuente original**